

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

Catedral, 5 de marzo de 2017

La tradición litúrgica ha puesto apellido a todos los domingos de la Cuaresma en función del evangelio que se proclama. El primer domingo es el domingo de las tentaciones, porque el evangelio que acabamos de proclamar nos habla de las tres tentaciones de Jesús al finalizar el ayuno de cuarenta días en el desierto.

Jesús fue tentado, no sólo en el desierto, lo fue también a lo largo de su vida pública. Por ejemplo cuando lo querían proclamar rey o en el Huerto de los Olivos ante los sufrimientos de la Pasión y muerte. Las tentaciones de Jesús revelan que el Señor es verdaderamente hombre como nosotros. Como dice la Carta a los Hebreos: “No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades sino que ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado” (Hb 4,15). También nos muestran cómo debemos superarlas para no caer en el pecado.

La tentación es una prueba para nuestra fe. Como toda prueba lleva consigo un fuerte componente de dolor y de sufrimiento. Sabemos por la fe que Dios no nos tienta sino que permite al Maligno tentarnos, ponernos a prueba para que nuestra fe no sea una farsa sino el motor que mueve toda nuestra existencia cristiana. Cuando el médico nos dice que tenemos que hacer una prueba física para diagnosticar mejor la enfermedad que padecemos, autorizamos y permitimos que haga la prueba porque confiamos que será un bien mayor para afrontar la curación de la enfermedad. Así sucede con las tentaciones y con las pruebas que el Señor permite en la vida. Siempre están orientadas –y nosotros debemos ser conscientes de ello- hacia el crecimiento de nuestra fe y de nuestra esperanza en la salvación de Dios.

En la Sagrada Escritura encontramos multitud de historias sobre la intención del Señor al permitir las pruebas y las tentaciones. Recordemos la prueba del Sacrificio de Isaac a la que se ve sometido Abraham. Contemplemos cómo una vez que el Señor considera probada su fe, pone límite a la prueba y le explica el porqué: “porque no me has negado ni siquiera a tu hijo único” (Gn 22, 12).

Las tentaciones de Jesús debemos entenderlas en relación con el Bautismo en el río Jordán en el que Jesús se hace solidario con los pecadores y también en relación a su misión mesiánica de salvación que realizará en la Cruz. Jesús, siempre obediente a la voluntad del Padre, camina por este mundo con la incertidumbre

propia de todo hombre, por eso el Maligno pone ante Él tres modos distintos de realizar la misión de salvación de los hombres. La tentación de convertir las piedras en pan expresa la intención de realizar la misión gratuitamente, sin esfuerzo. Sólo le bastaba utilizar su fuerza taumátúrgica para salvarnos. La tentación de tirarse desde el pináculo del templo para ser reconocido como el que viene de lo alto, manifiesta la pretensión de entender la misión salvadora como fruto del espectáculo y de la vanagloria. La tercera es la tentación de la conquista de la salvación del mundo por los medios que tiene el propio mundo para “salvar”: el poder terrenal: “ todo esto te daré si postrándote me adoras”.

Las tres tentaciones a las que podemos añadir la del Huerto como la de deseo de abandonar todo antes de padecer, son rechazadas por Jesús afirmando su filiación divina y su deseo de cumplir la voluntad del Padre hasta el final. Jesús, rechazando las tentaciones, descubre que la misión salvadora que el Padre quiere es la misión de entregarse como Siervo sufriente. Al mismo tiempo, Jesús manifiesta que Dios es un Dios en quien podemos confiar porque igual que a Jesús nos dice a cada uno de nosotros: “Me invocaré y la escucharé, lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación” (Sal 91)

El Maligno sigue tentando a los hombres para que no reconozcan el verdadero rostro de Dios y no sigan el camino de la salvación. El mundo sigue pensando que la salvación del hombre, su bienestar integral es satisfacer el hambre sólo con pan, el deseo sólo con placer y la subsistencia sólo con poder. Sigue engañándonos al mostrar la vida como un camino de rosas sin espinas. Nuestra sociedad y nuestra cultura dominante, se interpone como un nubarrón en el cielo para que los hombres no alcancen a ver la luz del rostro de Dios y la salvación que Él nos ofrece en Cristo. Este nubarrón se presenta como la mejor forma de realización humana. Y así se nos dice de muchas maneras que cada uno debe ser autónomo, libre, pensar sólo en sí mismo y en su placer. Para realizarse plenamente, el hombre puede utilizar cualquier método, incluso la mentira y la ofensa porque “ya nada es verdad absoluta, todo depende del cristal con el que se mire”.

Pan, éxito, poder y placer parecen ser los cuatro elementos sobre los que muchos conciudadanos construyen hoy su vida sin pensar en el conjunto de la sociedad. Cuando decimos “que cada uno haga lo que le dé la gana” o “que viva como quiera” no somos conscientes de la trascendencia que pueden tener estas afirmaciones para las relaciones sociales, propias de la vida personal y familiar. Si nuestro criterio es el único verdadero y al que debo atenerme, estaré construyendo una sociedad a mi gusto. Será una sociedad sin principios generales y, por tanto, sin respeto al fundamento de la convivencia que es la dignidad de la persona humana como el bien común que todos hemos de proteger para que se dé una verdadera justicia.

Nosotros vivimos en este mundo y somos ciudadanos de esta sociedad. También somos tentados por los reclamos sociales y en ocasiones caemos en la tentación. Y así nos mundanizamos asumiendo acríticamente valores que son totalmente contrarios al evangelio. Nos constituimos en autorreferenciales para

nosotros mismos construyendo una forma de vida cristiana al margen de la moral de la Iglesia. Elaboramos nuestra propia moral aceptando sólo lo que nos va bien y rechazamos lo que no nos gusta. En ocasiones buscamos el poder para dominar a los otros y no para servirles, también dentro de la propia Iglesia. Y por último, la gran tentación del cristiano de hoy es el abandono práctico de la fe, de la Iglesia y de la misión que supone la cruz de “nadar contra corriente”.

Necesitamos pedir insistentemente a Dios nuestro Padre: “No nos dejes caer en la tentación” como nos enseñó Jesús en el Padre nuestro y nos mostró con su ejemplo rechazando las tentaciones. El mejor antídoto para frenar la tentación y superar las pruebas de la vida es la participación activa y fructuosa en la celebración de la eucaristía. La comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor es nuestra fortaleza ante las tentaciones y prenda de salvación para la vida eterna. Aprovechemos esta ocasión que nos brinda la entrada en vigor de la nueva edición del Misal Romano en español para renovar nuestro deseo de participar de una manera más consciente en la Misa y sacar un mayor provecho para nuestra vida espiritual.

¡Qué María, la llena de gracia y sin pecado, ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte!

† Juan Antonio, obispo de Astorga